

## IMAGO MORTIS

Unas gotas de sangre mancharon sus enormes anteojos, nublando por un momento la mano que debía dirigir con precisión y exactitud matemática. Con calma, como siempre en estas situaciones, se quitó los guantes, cogió una toallita limpia con olor a lavanda (Mrs. Templeton siempre utilizaba esa fragancia en sus coladas) y limpió esas lentes de aumento que tantas libras le habían costado en la mejor óptica del West End.

Entonces, el maullido de Mr. Scrugge, ese maldito gato que se había instalado furtivo en los sótanos de su casa en Mayfair, y su rápida huida por la mesa de operaciones provocaron que el hombre de la bata blanca derribara la bandeja donde había depositado los dos globos oculares que acababa de extirpar.

Maldijo a Mr. Scrugge y se maldijo a sí mismo. Si los ojos no habían quedado muy dañados tal vez podría utilizarlos en su máquina. ¡Era una pena! Tardaría mucho tiempo en encontrar otro ejemplar como el que tenía en el sótano. El cuerpo casi virginal de una pecosa de Cork, de apenas diecisiete años, sin mancillar y con todos sus órganos intactos.

¡Era una pena! Nunca había extirpado unos ojos tan preciosos: azules perlados con los marrones de los acantilados irlandeses. Intentó recogerlos con delicadeza, pero Mr. Scrugge, más raudo y maquiavélico, no tardó en capturar el ojo que menos aplastado y redondito había quedado tras el choque con el suelo, y en retirarse a su reino para jugar con él, devorarlo o tal vez darle sepultura entre las basuras del patio trasero.

Fabercuster nunca había probado el experimento con un solo ojo. Se necesitaban ambos órganos para que el artilugio “Imago mortis” funcionara. Aún no había conseguido perfeccionarla y los resultados eran bastante decepcionantes para un científico aficionado como él.

Todo había comenzado cuando su amigo Arsenius, vigilante de la morgue londinense, le había dejado presenciar el cadáver de una de las víctimas de Jack *el Destripador*. Desde aquel momento, aunque sólo contaba con diecinueve años y era un mediocre pero adinerado estudiante de Lenguas Clásicas, decidió consagrar parte de su vida a impedir que criminales como el de White Chapel quedaran libres.

Sabía que los métodos policiales al uso habían resultado infructuosos y que nadie conocía la identidad del asesino. Quizás si se pudiera obtener el rostro del

monstruo, la última imagen que las víctimas contemplaron... Quizás hubiera una posibilidad de detener a cualquier asesino.

Tampoco era tan difícil. De un viaje a París había traído unas lentes y una cámara rectangular y gigante que servía para retratos y camafeos. Sólo era cuestión de ciencia.

Dedicó diez años de su vida y gran parte de su patrimonio a llevar a cabo su proyecto. Elaboró una cámara con unas lentes infrarrojas que, mediante conectores y cables, se comunicaban con un recipiente metálico en el cual se colocaban los ojos del muerto. Le costó mucho esfuerzo darse cuenta de que cuanto más tiempo había pasado desde la muerte hasta el momento de la extirpación, peor era la resolución de la imagen que se plasmaba en el papel del revelado. Por supuesto, papel y técnica de revelado francesa.

Por eso decidió que los cadáveres tenían que ser recientes. No podía seguir comprando cadáveres en la morgue o a enterradores sin escrúpulos. Pero, ¿cómo acceder a cadáveres frescos? No tenía ningún contacto en Scotland Yard y su vida era demasiado rutinaria y previsible como para presuponerle amistades en los bajos fondos.

El primer cuerpo recién muerto que utilizó fue una feliz casualidad. Había nevado sin misericordia y Londres había amanecido blanca y gélida. Fue Mrs. Tempelton quien encontró el cadáver de un viejo vagabundo alcohólico y sucio, acurrucado, estático y yerto, entre los sacos de basura de la parte trasera de su casa.

Con una excusa pueril, Fabercuster convenció a su ama de llaves de que él llamaría a las autoridades para que se llevaran el cuerpo, pero conservó al muerto y extrajo sus ojos. La imagen reproducida por la cámara fue casi tan penosa como el estado del mendigo: la mano del anciano con una botella vacía y Mr. Scrugge orinándole encima.

No, desde luego, no era fácil conseguir cadáveres frescos e interesantes. Por eso, y quizás también llevado por la desesperación, comenzó a seguir a Noluenne, la irlandesa pecosa que visitaba la casa de su vecino, el antipático, petulante y exagerado Mirandolini, para recibir clases de violín.

Fabercuster no podía soportar a Mirandolini; no podía soportar el fracaso de su experimento y, sobre todo, no podía tolerar que el italiano, haciendo gala de su engolada

dulzura y sus ademanes melifluos, conquistara a la joven de esos ojos tan azules como el mar bravío y esos rizos tan rojizos como frambuesas maduras.

Fue el impulso científico o el amor meditado el que lo empujó a apoderarse de Noluenne la noche anterior, cuando salía de casa de Mirandolini.

No la había tocado. Nunca se hubiera atrevido. Tan sólo la sedó y la trasladó a su sótano. Nunca le hubiera hecho daño, pero a la mañana siguiente, tras desayunar frugalmente, bajó a su laboratorio y descubrió el cuerpo de Noluenne frío y rígido como las marmóreas Venus que tantas veces había contemplado en los museos. Con cuidado, delicadeza y cierto miedo, comprobó que no tenía pulso, que su boca no exhalaba aliento alguno y que Noluenne se había marchitado para siempre.

No lo dudó demasiado. Tenía que averiguar qué había pasado y aprovechar la ocasión para poner en marcha su experimento, pero Mr. Scrugge había echado todo al traste y sólo conservaba un ojo de Noluenne. Lo colocó en el platillo, como siempre, pero no funcionó; ni siquiera una centella, ni una chispa eléctrica alumbró el pistón que ponía en funcionamiento la cámara. Era extraño. Como si el ojo aún tuviera vida.

Un ruido seco, pero fuerte, en la puerta del sótano lo despertó de su ensimismamiento. Pensó que Mrs. Templeton estaba incumpliendo la orden expresa de no bajar a su reino oculto, pero no percibió el olor a lavanda habitual del ama de llaves, sino el olor a mar bravío de Irlanda y a sangre reseca; el olor del miedo y de la incompreensión; el olor de una Noluenne desnuda, con los rizos cayendo sobre sus pechos granados y con unas cuencas como pozos insondables de amargura, pánico y fiereza que oscurecían el bello rostro de la joven, sin mirada ni voluntad.

Tres días después, Wilde descubría el cadáver de su amigo Fabercuster y de una hermosa desconocida sin ojos en el suelo del frío laboratorio, cuando acudía a la visita rutinaria de los jueves.

El informe policial determinó que el primero en morir fue el científico, tal vez de un fallo cardíaco, y horas después, la joven de las cuencas vacías, desangrada y sin ninguna magulladura en el cuerpo. La hermana mayor de Noluenne, recién llegada de Cork, contó a la policía que su hermana sufría desde pequeña lapsus catalépticos, y que se había trasladado a Londres en busca de trabajo y de un remedio a su extraña enfermedad.